

## DISCURSO

PARA EL DIA

### DE LOS SANTOS CRISPIN Y CRISPINIANO, MÁRTIRES.

(DE TRONCOSO.)

*Vicerunt propter sanguinem Agni et propter verbum testimonii sui, et non dilexerunt animas suas usque ad mortem.*

Vencieron por los méritos de la sangre del Cordero, y en virtud de la palabra de la fe que han confesado, y por la cual despreciaron sus vidas hasta perderlas por obedecer á Dios.

*Apocal. c. 12. v. 11.*

Ved aquí, católicos, el elogio que el apóstol de Patmos hace de aquellos guerreros invencibles que lucharon contra el infernal dragon que vió en su maravilloso raptó. Representósele en efecto en una vision misteriosa « un monstruo de color bermejo con siete cabezas y diez cuernos, que tenia en las cabezas siete diademas. Traía arrastrando de su cola la tercera parte de las estrellas del cielo, las cuales arrojó á la tierra. En esto púsose en acecho delante de una mujer que estaba de parto, fin de tragarse al hijo luego que saliese á luz. Pero esta parió un hijo varon destinado á regir todas las naciones con cetro de hierro, y fué arrebatado para Dios y para su solio... Entre tanto trabóse una batalla grande en el cielo entre Miguel y sus ángeles de una parte, y de otra el dragon y los suyos; pero estos fueron vencidos; y el dragon, serpiente antigua llamada diablo y Satanas, que andaba engañando á todo el universo, fué lanzado á la tierra y sus ángeles con él. Entónces se oyó en el cielo una voz sonora que decia: Hé aquí el tiempo de la salvacion, de la potencia del reino de nuestro Dios y del poder de su Cristo, porque ha sido ya precipitado el acusador de

nuestros hermanos... y ellos le vencieron por los méritos de la sangre del Cordero, y en virtud de la palabra de la fe que han confesado, y por la cual despreciaron sus vidas hasta perderlas por obedecer á Dios.» (1)

Al número de estos héroes pertenecen los dos santos mártires que hoy arrebatan las atenciones de este piadoso pueblo y forman el objeto de la presente solemnidad. Semejantes á aquellos valerosos campeones que san Juan vió luchar en el cielo contra el dragon, pelearon denodadamente en la tierra contra el monstruo de la idolatría. Personificada esta en el imperio romano, monstruo de siete cabezas y de diez cuernos porque tuvo en su seno siete emperadores que persiguieron el cristianismo, y vió suscitarse en su seno por diez veces la mas cruel guerra contra los adoradores del verdadero Dios, intentó arrastrar en pos de sí una gran parte de estas luminosas estrellas que resplandecian en la iglesia, y tragarse al hijo de María haciendo desaparecer de sobre la tierra su fe, su religion y su culto. Pero Dios suscitó tambien entónces quien defendiese sus intereses é hiciese brillar su poder contra el dragon. De la sangre cristiana derramada en todos los dominios del romano imperio, viéronse brotar entre infinidad de hombres magnánimos, dos santos hermanos que abandonando sus casas, sus títulos, sus comodidades, y olvidados de la nobleza de su sangre, se lanzaron impávidos á la lucha, predicaron la fe de Jesucristo, sostuvieron sus creencias, permanecieron invencibles en su religion, y vencieron al error por los méritos de la sangre del Cordero, por quien no temieron entregar sus vidas al cuchillo del tirano, convencidos de que el verdadero honor y la mas completa victoria consisten en morir mil veces ántes que renunciar al carácter de cristianos: *Vicerunt propter sanguinem Agni, et propter verbum testimonii sui, et non dilexerunt animas suas usque ad mortem.*

Nada pues tienen de vulgar los nombres de los dos insignes santos Crispin y Crispiniano. Ellos son en todos conceptos dignos de la mas profunda veneracion. El hombre observador que sin mirar á la superficie de las cosas, examina y estudia el fondo de ellas, no puede ménos de admirar en esos dos ilustres hermanos el carácter del mas extraordinario heroísmo. No-

(1) *Apoc. c. 12.*



bles por su cuna, mas nobles por su fe, y mas de todo punto por su constancia en sostenerla, hicieron acreedores á la veneracion de todo el orbe, porque como buenos cristianos vencieron al mundo con su vida pura y arreglada á los preceptos evangélicos : *Vicerunt propter sanguinem Agni et propter verbum testimonii sui*; y como fieles discípulos de Jesucristo, vencieron al error con su muerte gloriosa y llena de heroísmo : *Et non dilexerunt animas suas usque ad mortem*. Ved aquí el carácter bajo el cual voy á presentaros á los insignes Crispin y Crispiniano, de donde deduciréis que tanto en su vida como en su muerte fueron verdaderos mártires, en la justa acepcion de este término que equivale á testigos; pues con la una no ménos que con la otra dieron testimonio de su fe y de su religion, y por los méritos de la sangre del Cordero inmaculado, Cristo, triunfaron del dragon infernal y adquirieron la corona de la inmortalidad.

Dignaos ¡oh Cordero sin mancha, Cordero dominador del orbe, concederme vuestra gracia para hablar dignamente de vuestros ilustres servidores, á fin que todo ceda en honor vuestro y edificacion de mis oyentes. Al efecto interpongo la mediacion de vuestra divina Madre, saludándola como el ángel : *Ave Maria*.

#### PRIMERA REFLEXION.

Ved aquí, católicos, reasumida en breves palabras la doctrina del Evangelio : « Si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes, distribúyelo á los pobres y sígueme. » Es cierto que no á todos impone el Señor este deber. Sacrificio tan heróico solo se exige de aquellos que aspirando á una perfecta imitacion de su celestial maestro, desean marchar por las huellas que dejó marcadas en el mundo miéntras como humano vivió y conversó entre los hombres. Crispin y Crispiniano fueron del número de aquellas almas que no se satisfacen sino con las grandes acciones. Su fe viva y ardiente, su esperanza superior á todos los contratiempos, su caridad radicada en la caridad infinita de Jesucristo, hácenles desear lo mas perfecto de aquella religion

(1) *Matth. c. 19. v. 21.*

que han recibido : y en su consecuencia, enemigos de un mundo que lo es del Dios á quien adoran, propónense luchar contra sus máximas y vencerle con las máximas del Evangelio.

Nacidos de una familia ilustre de Roma, nada les faltaba de cuanto puede lisonjear los deseos de la naturaleza. Nobleza, riquezas, placeres, esperanzas halagüeñas, todo lo que el mundo llama bienes de fortuna, gloria y felicidad, rodeaba á los dos santos hermanos, y les convidaba á disfrutar de una vida muelle, alegre y llena de satisfacciones. Empero ellos, no mirando como bienes sino los del cielo, y persuadidos á que todos los tesoros del mundo de nada pueden aprovechar al que los posee si llega á malograr su alma, todo lo desprecian por ir en seguimiento de aquel Nazareno que naciendo en pobreza y viviendo en las privaciones, venció al mundo, humilló al infierno y mereció ser honrado por su Padre celestial con un nombre superior á todo nombre, ante quien todo dobla la rodilla en el cielo y en la tierra (1). El reino celestial es el único á que aspiran, porque solo allí conciben bienes positivos, paz duradera, y gloria permanente; así que, juzgando que no es mas que un estiércol vil y despreciable ese oro á quien los mortales adoran como á una divinidad, desposéense heroicamente de su pingüe patrimonio, depositánlo en las manos de los miembros desvalidos de Jesucristo, y semejantes á aquellas aves que tan luego como consiguen romper el lazo en que las aprisionara el astuto cazador, vuelan con una rapidez tan prodigiosa que en un momento se remontan hasta una altura á donde apenas puede llegar la vista del hombre, así los dos ilustres hermanos, no bien se vieron libres de aquellas riquezas que les tenían encadenados al mundo, cuando á manera de ángeles de paz se elevan á una esfera superior á la de los demas mortales, y solo piensan en llevar á todas partes el testamento eterno de Jesus, y predicar su nombre á los pueblos idólatras.

Mundo infiel y calumniador tenaz de los discípulos del Dios del Calvario, ya tienes en la arena á esos dos campeones dispuestos á luchar contra tus envenenadas máximas, y hacer frente á tus persecuciones. Arma contra ellos tus huestes; apresta tus máquinas de guerra; haz valer tu astucia y todo tu poder para derrocar el colosal edificio de su virtud. ¿Mas qué

(1) *Ad Philip. c. 2. v. 9 et 10.*



podrás hacer que no sea para tu propia ignominia? ¿Les harás experimentar todos los rigores de la indigencia, todas las amarguras que son consiguientes á una total privacion de los humanos recursos? En vano; ellos encuentran en la pobreza una dulzura que tú no conoces ni eres capaz de penetrar. La sola idea de parecerse á aquel Jesus que dió á los hombres las primeras y mas sublimes lecciones de esta virtud desconocida de los antiguos, les llena de un consuelo inexplicable, y hace rebosar en sus corazones un júbilo celestial. Si los ves reducidos á la humilde ocupacion de hacer calzado, no es porque les aflija el hambre ni les acobarde la necesidad, sino porque, á imitacion del grande Apóstol, no quieren ser gravosos á sus prójimos, y prefieren adquirir con el sudor de su frente el escaso alimento con que conservan su existencia. ¿Añadirás á su voluntaria humillacion el desprecio, los insultos y las vejaciones de unos seres corrompidos, que por donde quiera les siguen en pos burlándose de su sencillez evangélica? Inútilmente; aun cuando Crispin y Crispiniano sientan correr por sus venas la sangre de la primera nobleza del imperio romano, aunque por los lazos del parentesco se miren unidos á una serie gloriosa de patricios, de héroes y de conquistadores famosos, este pensamiento en nada entibiará aquel ardor con que se consagraron á la humildad; su hambre de padecer los oprobios por Cristo no se satisface sino con cuanto hay de mas sensible á la naturaleza; su abnegacion profunda sabe triunfar de las humanas preocupaciones, hacerse superior á los caprichos de los mundanos, y condenar su orgullo y su desmedida sed de honras y de distinciones.

¡Oh insignes soldados de Cristo! ¡cuán heroicamente luchasteis con ese mundo engañoso, que tan ingenioso es cuando se propone corromper el corazon del hombre! Vosotros pudisteis decir que no perteneciais á él, porque como peregrinos en esta region desventurada, no reconocisteis mas patria que el cielo hácia donde se dirigian todos vuestros deseos, y en donde únicamente colocásteis el término de vuestras esperanzas.

Por eso, catolicos, nuestros ilustres santos, cuyo objeto era extender los límites del imperio de Jesucristo, despues de haber edificado con su vida pura y ejemplar á aquel suelo que les vió nacer, salen de él como dos apóstoles ardiendo en celo

por la gloria de su Dios, y enarbolando por donde quiera que pasan el sagrado pendon de la cruz, predicán á los pueblos idólatras la fe de Jesucristo, y anuncian que no hay otro nombre bajo del cielo, fuera de él, que pueda salvar á los hombres y hacerlos verdaderamente felices. ¡Qué activo es el amor que enardece los pechos de esos dos insignes predicadores del Evangelio! Viéraisles correr de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, enseñando aquellas sublimes verdades que constituyen la doctrina del cristianismo, y practicándolas al mismo tiempo con una exactitud que da á sus palabras una fuerza irresistible. Viéraisles ser los primeros en todas las ocasiones en que sus servicios podian ser útiles á sus prójimos, ejerciendo la caridad evangélica no solamente con los de su misma religion, sino aun si cabe mas particularmente con los que seguian el culto pagano. Viéraisles tolerar con un heroísmo digno de unas almas superiores á todo lo terreno, las calumnias, el odio, la ingratitud y la perfidia de aquellos mismos en cuyo obsequio se desvelaban y por quienes no dudaban entregarse á toda clase de trabajos. Viéraisles unas veces orando como Daniel al Dios del cielo y de la tierra, y ofreciéndole en el templo de sus corazones el sacrificio puro de sus alabanzas: otras como Eliseo socorriendo las necesidades de la viuda, y constituyéndose los agentes de la Providencia para con los necesitados, y siempre como unos ángeles de paz solícitos del bien temporal y espiritual de aquellos á quienes deseaban ganar para Jesucristo.

De este modo ejercian Crispin y Crispiniano el ministerio apostólico que por inspiracion divina habian abrazado. Á su ferviente predicacion unian todas aquellas virtudes que hacen respetable la palabra de Dios, y daban con su vida en todo conforme con el espíritu del Evangelio, un realce extraordinario á las verdades que enseñaban. Mansos, humildes, caritativos, afables, insinuábanse en los corazones de sus oyentes, y estos no podian ménos de escuchar con gusto una doctrina, que, si bien se oponia á las envejecidas preocupaciones que desde la infancia habian mamado, y luchaba de frente con lo que aprendieran en los libros de sus poetas y filósofos, se presentaba no obstante á su vista llena de bellezas en las personas de sus predicadores. De aquí aquellos felices resultados que los santos hermanos obtenian diariamente; de aquí aquellos



frutos copiosísimos de virtud que recogian á manos llenas en cuantas ocasiones favorables se ofrecian para arrojar la semilla evangélica; de aquí aquellas conversiones instantáneas del error á la verdad, que á despecho del mundo y del infierno se verificaban en todos los pueblos en donde anunciaban á Jesucristo; de aquí en fin aquellas maravillas de la gracia que por donde quiera seguian los pasos de estos héroes de la religion, como testimonios inequívocos de la proteccion que el cielo les dispensaba.

¡Quién pudiera, católicos oyentes, referir cuanto de grande y heróico ejecutaron nuestros ilustres hermanos Crispin y Crispiniano en sus expediciones por la gloria del Señor! Ah! la mano destructora del tiempo que todo lo consume y aniquila, ha extendido un espeso velo sobre muchas de las grandes acciones que inmortalizaron la gloria de esos dos incansables atletas de la fe; empero si no nos es dado individualizar los viajes que hicieron, los trabajos que hubieron de tolerar, las víctimas que arrancaron de las garras del demonio, las hostias que ofrecieron á Jesucristo, sabemos no obstante que el cristianismo triunfaba donde quiera que ellos predicaban; que la idolatría perdía considerablemente su prestigio; que la verdad se presentaba engalanada con todos los atavíos de divina, y el error despechado huía precipitadamente á esconderse en sus tenebrosos antros, bien así como huyen las sombras de la noche tan luego como la aurora se deja ver sobre el horizonte.

Nada pues nos queda que desear en la vida de Crispin y Crispiniano, para considerarla como un testimonio inequívoco de la santidad de aquella religion pura é inmaculada que del cielo nos trajera el Hijo del Eterno. Ellos la honraron con sus costumbres irreprehensibles, la fomentaron con sus exhortaciones y ejemplos, la autorizaron con sus prodigios, y la hicieron admirar con sus heróicas virtudes, venciendo de este modo al mundo enemigo de Jesucristo por medio de los méritos de la sangre del Cordero inmaculado y con la palabra de su fe que no se ruborizaron de confesar y predicar en el seno de la idolatría y de la corrupcion universal: *Vicerunt propter sanguinem Agni et propter verbum testimonii sui*. Justo era que con una muerte gloriosa derrotasen al monstruo del error, y testificasen que no puede ménos de ser divina una religion que eleva el espíritu del hombre hasta mirar con desprecio una

vida que no puede conservarse sin menoscabo de su fe y de su eterna felicidad: *Et non dilexerunt animas suas usque ad mortem*. Hé aquí lo que hicieron los ilustres mártires Crispin y Crispiniano, como vais á oirlo en la

#### SEGUNDA REFLEXION.

Mal avenida la incredulidad con todo cuanto pueda ceder en honor del cristianismo, ha hecho en todos tiempos los mas poderosos esfuerzos para debilitar las pruebas en que descansa. Como quiera que no hay un testimonio mas auténtico de su divino origen que la constancia de aquellos hombres portentosos, que por confesar sus dogmas y sostener sus principios llevaron su heroísmo hasta entregar sus miembros á los tormentos y sus cuellos al cuchillo de los perseguidores, los incrédulos para enervar este testimonio han apelado al sofisma, y han apurado la calumnia con el fin de probar que nada hay de sobrenatural en la constancia de los mártires de Jesucristo. Los unos no ven en ella sino un efecto de la vida austera que practicaban, y que segun ellos les hacia naturalmente capaces de tolerar los tormentos mas crueles; los otros no alcanzan á distinguir mas que un deseo de gloria que les arrastraba á buscar por medio de la muerte los honores que se prodigaban á los que morian por la fe; y todos á su vez se atreven á tacharla de fanatismo, comparando á los mártires de Jesucristo con los estóicos ó los indios que se precipitaban bajo el carro de sus ídolos, ó con aquellos salvajes estúpidos que insultaban á sus verdugos en el acto de ser arrojados en la pira. El cristianismo ha desmenuzado estos sofismas, y ha hecho ver que sus mártires nada tienen de comun con unos hombres que morian sin convicciones y llevados únicamente de un furor inspirado por pasiones ardientes y á veces vergonzosas. No hay ni puede haber fanatismo en los mártires cristianos, porque habia en ellos convicciones, y una certidumbre inalterable de las pruebas en que se fundaba su fe.

Pero dejando aparte la discusion, sin hacer mencion de las muchas pruebas de hecho que pudiéramos presentar de esta verdad, admiremos en nuestros dos ilustres mártires Crispin y